

David Blanco Laserna

LA BANDA MENGUANTE

CÓDIGO
CIENCIA



ANAYA

1.ª edición: mayo 2014

© del texto: David Blanco Laserna, 2014
© del diseño e ilustración: Puño, 2014
© de las fotografías e ilustraciones del apéndice:
Archivo Anaya, David Blanco Laserna,
Puño (retrato de Isaac Newton)
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-6139-6
Depósito legal: M. 8514/2014
Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las
establecidas por la Real Academia Española
en la *Ortografía de la lengua española*,
publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.

Índice

CAPÍTULO PRIMERO	
Cuatro amigas, antes de menguar	9
CAPÍTULO SEGUNDO	
150 cm	16
CAPÍTULO TERCERO	
110 cm	23
CAPÍTULO CUARTO	
La momia, el fantasma, el murciélago y la calabaza	31
CAPÍTULO QUINTO	
El laboratorio de biología	39
CAPÍTULO SEXTO	
15 cm	44
CAPÍTULO SÉPTIMO	
7 cm	52
CAPÍTULO OCTAVO	
En casa de la araña	62

CAPÍTULO NOVENO

1 cm 73

CAPÍTULO DÉCIMO

2,5 mm 80

CAPÍTULO UNDÉCIMO

1 μm 93

APÉNDICE

PERO ¿A QUIÉN SE LE OCURRE? 101

Isaac Newton 101

LOS ARCHIVOS DE CÓDIGO CIENCIA 113

Manual de supervivencia para personas
menguantes 113

EL ENEMIGO EN CASA 123

Una microguía de campo de monstruos
diminutos 123

¿TE ATREVES A...? 129

Iniciarte en los secretos de la tensegridad. 129

*Para mi prima Isabel, cuyo
encanto, lejos de menguar,
cada día se hace más grande.*

CAPÍTULO PRIMERO

Cuatro amigas, antes de menguar

La vida, a los doce años, se puede poner francamente cuesta arriba. No es fácil sobrevivir con dignidad al instituto y, menos todavía, soportar a una madre chiflada, a un padre hipocondriaco y a un hermano en la edad del pavo. A veces hay que desconectar. Por eso, Zoe había decidido formar un grupo de música con sus mejores amigas: Xue Xi, Dihya y Vane.

Zoe sabía tocar el piano hasta con los ojos vendados. Su padre, un compositor de sintonías para anuncios, se había empeñado en darle clases todos los días, sábados y domingos incluidos, desde que había cumplido los tres años. Vane se pasaba las horas enganchada a los cascos, cantando las canciones que escuchaba en el móvil. Aunque desafinaba como una hiena del Serengueti, cualquier chico del instituto pagaría sin dudar su asignación anual por verla subida en un escenario. ¿Y Dihya? No hacía falta ser Beethoven para darse cuenta de que tenía menos sentido del ritmo que un mapache muerto, pero disfrutaba pateando y aporreando cualquier cosa. Los tambores y los platillos de la batería

multiplicaban la diversión, porque además producían un ruido de mil demonios. Xue Xi aportaba la nota exótica. Su madre le había enseñado a tocar el liuqin, un laúd chino, que en caso de necesidad podía pasar por una guitarra.

Durante los últimos años de Primaria las cuatro habían sido inseparables, pero después de empezar el instituto, resultaba más difícil verlas juntas que separadas. Zoe había depositado en el grupo sus esperanzas de que su amistad volviera a ser como antes. Quizá fuera pedir demasiado, y la mañana del primer ensayo los nervios la consumían. Y cuando se ponía nerviosa, le entraban unas ganas horribles de hacer pis. Así que, en cuanto el timbre del recreo atronó como la alarma de un gigantesco despertador, que espabiló a cientos de alumnos, salió zumbando al cuarto de baño.

A punto estuvo de caerse de la taza cuando unos puñetazos estremecieron la puerta del retrete. La primera imagen que le vino a la cabeza fue la de Puri y Nuri, las gemelas gamberras de 2º B. Después, pensó en el teclado que había dejado apoyado en la repisa del lavabo. ¡Si eran las gemelas, ya podía irse despidiendo de él!

—¿Estás bien?

Zoe identificó de inmediato la voz de Vane.

—¡Pues ahora mismo no! ¿Qué quieres? ¿Matarme de un infarto?

—¿Qué dices? Solo quería saber si estabas bien.

—¿Y por qué iba a estar mal?

—Anda... y yo qué sé. ¿Tú no te has visto la cara? Estás fatal.

—¡Pero si no me estás viendo!

Zoe tiró de la cadena y descorrió el pestillo. Cuando abrió la puerta se dio de narices contra un puñado de hojas de papel cuadriculado. Vane las esgrimía con la expresión

que adoptaría un fiscal al mostrar el arma homicida ante el jurado.

—Es lo más deprimente que he leído en mi vida —dijo, acusadora.

Zoe reconoció las letras de las canciones que había compuesto para el ensayo.

—Vane, tú nunca lees. Pero muchas gracias por tu apoyo.

—¿Quién está hablando de leer? Escucho música todo el rato. Y nadie, ni un coro de zombis viejas, cantaría estas letras.

—Ya. ¿Y qué dicen en las canciones que te gustan a ti?

Vane se contoneó en broma, mientras reproducía la letra que estaba sonando en sus cascos.

—Tú quieres *sentiir... la mú-si-ca que bro-taaa... de mi corazóóóón...*

A Zoe se le resbaló el jabón de las manos.

—Dios mío. Eso sí que es un temazo para zombis viejas.

—Zoe, estás amargada. Yo me niego a cantar esto. La gente se va a deprimir. O peor, nos van a tirar un pato muerto al escenario.

Vane era la más guapa del grupo, la más divertida y también la que más sacaba de quicio a Zoe. Parecía un volcán en erupción que, en lugar de arrojar lava, escupía toneladas de palabras. Con todo lo que hablaba, rara vez decía algo con sentido. Cuando a Zoe le entraban ganas de estranglarla, seguía la estrategia de Xue Xi: cambiar de conversación.

—¿Dónde están estas?

—Por ahí, supongo.

Al cruzar el rellano de la segunda planta, un terrible estruendo las sobresaltó. Con la impresión, Vane se tragó

su chicle de sandía, piña y melón, y Zoe dejó escapar el teclado, que cazó al vuelo de milagro, en un movimiento que a punto estuvo de hacerla caer al suelo. El estrépito procedía del piso de arriba. El platillo de una batería asomó en lo alto de la escalera y bajó, saltando de escalón en escalón, hasta detenerse girando a sus pies. Cuando el ruido se extinguió, pudieron escuchar un torrente de palabras malsonantes en marroquí.

—¡Ahí tienes a Dihya! —resopló Vane, de muy mal humor. Su tía no se cansaba de repetirle que si se tragaba un chicle, tardaría siete años en digerirlo. A Vane le parecía una leyenda urbana bastante patética, pero tampoco le apetecía tentar a la suerte y acabar con un chicle de sandía, piña y melón en la tripa hasta los diecinueve años.

Cuando Dihya hizo su formidable aparición en lo alto de la escalera, parecía un escarabajo de hojalata. Cargaba con tres tambores, un bombo, una caja, cinco juegos de platillos, una silla plegable y una colección de baquetas, trípodes, pedales y varillas articuladas. Todo ello repartido en una variedad de bultos, atados con cuerdas de tender la ropa, que se había cargado a la espalda. A cada paso que daba, algún elemento chocaba contra el parche de un tambor o el canto de un platillo generando una sucesión de quejidos musicales.

Dihya estaba convencida de que era la reencarnación de un guerrero masai. Decía que en sueños le venía el nombre de Samburu Gorongoro. Según su abuela Malika, que sabía leer los posos del té verde, no se conocían antecedentes en la familia pero... podía ser cierto. El padre de Dihya era dueño de una escuela de artes marciales, donde daban clases sus hijos, su mujer, un primo y dos abuelos casi centenarios. El gimnasio era su casa y su casa

era el gimnasio. Cualquiera momento y lugar se consideraban idóneos para entrenar. Bajo ninguna circunstancia Dihya debía bajar la guardia. Al menor descuido, su abuela o su hermano pequeño podían surgir detrás de la lavadora o de las cortinas del baño, tratando de someterla con la técnica del avestruz.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Zoe, recogiendo del suelo el platillo que había rodado escaleras abajo.

—¡Mi hermano ha debido de atar las cuerdas con los pies!

—A ver... ¿Puedes tú sola? ¿O te echamos una mano?

Dihya se tomó el ofrecimiento como un insulto y se limitó a responder con una mueca desdenosa.

—Vale —recló Zoe—. ¿Sabes dónde está Xue Xi?

—En la puerta del salón de actos. Hemos quedado allí con la Zanahorio.

Zanahorio era el mote de Carmela, la profesora de música, una pelirroja sensacional que había reaccionado con entusiasmo ante la idea del grupo. Hasta el punto de que, por un momento, Zoe se temió que se quisiera subir al escenario con ellas, tocando su instrumento favorito: la tuba francesa. Fue Carmela quien convenció a la directora para que les dejaran un sitio donde ensayar durante los recreos, a cambio de que tocaran una versión de *Ande, ande, ande la marimorena* en la función de Navidad.

Encontraron a Xue Xi sentada en el suelo, con la espalda recostada en la puerta del salón de actos. A sus pies descansaba el liuqin de su abuelo y entretenía la espera leyendo un libro impreso con ideogramas chinos. Al verlas, marcó la página con el abono transportes y lo cerró, con una sonrisa.

—¡Dihya! Si pareces un *Transformer*...

—Y tú, con la guitarrita, pareces una payasa de porcelana.

—¿Dónde está Carmela? —preguntó Zoe, con súbita alarma.

—Ha tenido que llevarse a su hijo a casa.

—¿A Nico? ¿El que va a la clase de tu hermana?

—Ese. Le ha entrado un ataque de ansiedad cuando ha visto a todos sus compañeros disfrazados para la fiesta de *Halloween*. Hoy tenían ensayo.

—¿Qué dices? ¿Entonces no podemos tocar?

—Como te veo tan preocupada por el niño, te diré que está bien, gracias —se burló Xue Xi—. Carmela me ha dejado las llaves.

Zoe observó con incredulidad el manajo que hizo bailar ante sus ojos.

—¿Nos dejan ensayar solas?

Xue Xi se encogió de hombros, con picardía.

—Bueno... La pobre mujer estaba un poco atacada y me he aprovechado de la situación...

—¡Toma! —Dihya y Vane lo celebraron entrechocando las manos.

A Zoe le impresionaba el fuerte carácter de Vane y Dihya, pero a quien más admiraba era a Xue Xi. Si un genio le concediera un solo deseo, pediría que la convirtiera en una réplica exacta de su amiga. No era tan guapa como Vane ni tan imponente como una guerrera masai. Era mejor todavía. Zoe envidiaba la elegancia natural de Xue Xi, su forma de hablar, cómo se movía y hasta la gracia con la que tropezaba. Cualquier prenda de ropa le sentaba bien y todo lo que decía resultaba interesante. Además, le volvía loca el mechón rubio que coronaba su flequillo, como una pincelada de oro sobre un pelo negrí-

simo. A Vane le parecía un excremento de paloma y no se cansaba de repetir que dejara de teñírsele con lejía, aunque Xue Xi insistía en que era de nacimiento.

Con expectación, la vieron escoger una llave del manajo, encajarla en la cerradura y abrir la doble puerta de madera. El salón de actos, vacío y en penumbra, las recibió con un rumor de ecos apagados. Dihya encendió las luces con el codo. El resplandor de los fluorescentes se reflejó en el plástico de un ejército de sillas, dispuestas en una perfecta formación.

—¿Y esto? —se sorprendió Vane—. ¿Es que van a enterrar a un muerto?

Zoe ha montado un grupo de música con sus mejores amigas. Para su primer ensayo consiguen un extraño amplificador que, al conectarse, deja a oscuras media ciudad. Cuando regresa la luz, se dan cuenta de que están menguando. Pronto descubrirán que para un adolescente el mundo resulta mucho más hostil cuando mides medio centímetro. Las arañas no te dicen a qué hora tienes que volver a casa ni qué ropa debes ponerte, pero están hambrientas y no se dejan impresionar por las malas caras.

En este libro encontrarás:

- Una breve biografía de Isaac Newton
- Un práctico manual de supervivencia para personas menguantes
- Una guía de campo de monstruos diminutos
- Un misterioso experimento sobre tensegridad

Y ampliarás tus conocimientos en:

- Ciencias de la Naturaleza (Física y Biología)
 - Las leyes de la dinámica
 - La gravedad
 - Óptica y acústica
 - La vida de las arañas y los insectos

ISBN 978-84-678-6139-6



9 788467 861396

CÓDIGO
CIENCIA

A partir de 12 años